

tencial del mal, una «teodicea» del sufrimiento humano. Este intento, que en principio podría parecer loable, se torna inasumible en cuanto se advierte que la elección de Harper —atender exclusivamente al problema existencial— es debida a que sostiene que el problema teórico ni existe ni podría ser resuelto. ¿No parece extraña esta posición? ¿no es cierto que la presencia del mal parece desafiar la afirmación de que Dios es bueno? La salida de Harper es una especie de fuga hacia adelante: no hay problema teórico porque no sabemos si Dios es bueno ni si es omnipotente y, si lo fuera, su bondad y poder no serían de ningún modo análogas con la bondad o poder de los seres humanos. El autor acude a algunos argumentos de la teología negativa para reafirmar esta posición: no podemos afirmar ningún atributo de Dios; por esto «no es Dios quien necesita una teodicea sino el hombre». Desde estos presupuestos no puede extrañar que Harper considere sectaria toda afirmación sobre Dios y dedique un capítulo entero a combatir la visión cristiana del dolor (enfrentándose a la exposición del teólogo protestante K. Surin). En el fondo el autor no puede admitir el cristianismo porque no admite la encarnación, el hecho de que el Absoluto se pueda manifestar en la concreción de la humanidad de Jesús de Nazaret.

Estas posiciones previas con las que Harper se acerca al problema del mal restan mucho valor a todo lo que dice a lo largo de la obra. Ciertamente el autor ofrece algunas reflexiones en la línea de los estoicos acerca de la importancia del sufrimiento para desarrollarnos como seres humanos y de que siempre cabe la esperanza de que cambien las cosas, pero todo esto suena a palabras huecas cuando se advierte que en el trasfondo subyace una concepción agnóstica de Dios, que niega cualquier posibilidad de hablar de Él. En resumidas cuentas, estamos an-

te un intento fallido de dar una respuesta a un problema que merecería ser tratado con mayor atención y cuidado.

F. Conesa

Gijsbert VAN DEN BRINK, *Almighty God. A Study of the Doctrine of Divine Omnipotence*, Kok Pharos, Kampen 1993, XII + 316 pp., 16 x 24.

La llamada «teología filosófica» —disciplina paralela en el mundo anglosajón a nuestra teología natural— está dedicando grandes esfuerzos a reflexionar en temas de gran calado. Una de estas cuestiones es la de los atributos divinos, cuyo tratamiento se ve enriquecido por la aplicación del análisis lógico y conceptual que caracteriza a la tradición anglosajona. Gispert van den Brink, profesor de filosofía de la religión en la Facultad de Teología de Groningen (Holanda), ha prestado especial atención al debate en torno a la doctrina de la omnipotencia divina y presenta en este volumen, que recoge su tesis doctoral, un análisis de este concepto.

Los dos primeros capítulos de la obra sirven de introducción al núcleo de la contribución del autor, que se contiene en el tercer y cuarto capítulos. Tras ocuparse de la metodología (capítulo 1) y de la historia del problema (capítulo 2), el autor se detiene en el análisis del concepto de «omnipotencia». Para ello estudia primero el concepto de poder y, a continuación, el de «omnipotencia» mostrando las principales dificultades que desde la filosofía se han presentado a dicho concepto: la llamada paradoja de la omnipotencia, el problema de omnipotencia y libertad humana y el problema del mal. El estudio de estas cuestiones y de las soluciones que la filosofía analítica de la religión ha ofrecido a las mismas es profundo y cuidadoso. Sin embargo,

la solución final del autor es decepcionante. En efecto, van den Brink piensa que las contradicciones que genera el concepto filosófico de omnipotencia aconsejan abandonar tal concepto y adoptar uno teológico. Van den Brink asume la distinción que Geach estableció entre la afirmación de que Dios es omnipotente (*omnipotent*) y que Dios es todopoderoso (*almighty*). Mientras que el concepto de omnipotencia —capacidad de hacer todo lo que es lógicamente posible— engendra problemas (el autor considera insoluble la paradoja de la omnipotencia), la afirmación de que Dios es todopoderoso —que puede hacer todo lo que sea compatible con su naturaleza— le parece al autor exenta de los mismos.

En el último capítulo el autor aplica su concepción de la omnipotencia a la resolución de dos cuestiones cruciales: la compatibilidad de omnipotencia divina y libertad humana y el problema del mal. Respecto al primer problema, el autor sostiene que la doctrina de la omnipotencia no implica el determinismo basándose en la distinción entre «tener» un poder y «ejercerlo»: Dios puede tener el poder de causar directamente las acciones humanas, aunque se autolimita y no lo ejerce. La solución al problema del mal se presenta en la línea de la defensa basada en el libre albedrío sostenida por Plantinga: si Dios ha creado a las personas y desea que sean agentes morales no se puede evitar que puedan escoger el mal.

El libro de van den Brink se muestra medido y equilibrado en gran parte de los análisis que realiza. Presenta y discute las principales posiciones de la filosofía analítica de la religión, de la que se muestra un buen conocedor (la bibliografía final del libro es espléndida). Sin embargo, se advierte en toda la obra una tendencia a tratar conjuntamente problemas filosóficos y teológicos, sin distinguir de modo adecuado ambos ámbitos. Además, parece que cuando no encuentra

una respuesta adecuada en la filosofía vuelve su mirada a la teología y presenta una visión distinta de la cuestión. El problema de esta opción —debida quizás a su formación protestante— reside en que lleva a establecer una oposición entre la concepción filosófica y la teológica de Dios.

F. Conesa

John F. HAUGHT, *Mystery and Promise. A Theology of Revelation*, «New Theology Studies» 2, The Liturgical Press, Collegeville (Minnesota) 1993, 224 pp., 15 x 23.

El Autor, Profesor de Teología en la Georgetown University (USA), presenta con este libro un nuevo Manual de Teología Fundamental, centrado en el misterio de la revelación aunque es evidente su interés por la religión en general —mayor incluso que el merecido por la fe misma.

Los temas son presentados en el contexto de la problemática científica contemporánea y a menudo resueltos acudiendo al método de correlación planteado por Paul Tillich, pero asumido aquí en la interpretación de David Tracy. Además de Tillich, el Autor cita profusamente los más conocidos teólogos protestantes contemporáneos, con cuyo pensamiento parece estar familiarizado —notablemente cita mucho menos a teólogos o filósofos católicos.

La revelación sería últimamente, según Haught, en «el don de una imagen» destinada a otorgarnos la capacidad de entender (Parte I); en este punto sigue la definición de H. R. Niebuhr. Indudablemente la tradición epistemológica empirista está en la raíz de esta preferencia por la categoría de *imagen* en deterioro de la de *concepto* o *idea*, aunque ello no se manifieste luego en corolarios reduccionistas.